

Sobre unos ensayos antibiográficos de Bertrand Russell

Este último libro de Bertrand Russell (1) —se ha dicho en Inglaterra— es casi una autobiografía. Pero en el “casi” quizá se oculte una cuestión. Se trata de un conjunto de ensayos, que constituyen algo así como una “autobiografía de situaciones”, algo que quizá sea muy distinto de la biografía o autobiografía tradicional. El resultado es bastante feliz y muy legible. En la autobiografía de tipo tradicional, a la que estamos habituados, la unidad viene dada por la “vida”. Y si a este concepto se lo entiende en un plano biológico, en el único que tiene rigor, entonces toda biografía que se centra en él estará llena de elementos reiterativos sobre la niñez, la vejez, etc., sobre hechos que no difieren gran cosa de unos hombres a otros. Y si damos a la expresión “vida” un sentido metafísico, como lo hace Ortega en su ensayo sobre la biografía de su libro “Goya”, corremos el peligro de postular, a priori, una vaga unidad, un “carácter”, una “personalidad”, que resultaría o algo vacío o una hipótesis que podría obstaculizar la investigación y ser contraria a los hechos, por ejemplo si estudiásemos una personalidad dividida.

Mientras la autobiografía tradicional supone gran número de acontecimientos irrelevantes, reiterativos, comunes a todos los hombres, una autobiografía de situaciones sólo menciona lo trivial, lo vulgar, en cuanto ingrediente de una situación de la que adquiere o a la que da cierta importancia. Russell, consciente o inconscientemente, ha sido pluralista hasta en su autobiografía. Mejor dicho, no ha escrito una autobiografía ni una “vida” en el sentido tradicional del género, género este que Ortega consideraba como supremo. Se ha limitado a recordar situaciones y dejar que sean éstas las que muestren lo que pudiera haber de unitario en su persona.

(1) *Portraits From Memory and other Essays.*
London, George Allen and Unwin.

De estas situaciones impresiona a Russell el contraste entre el mundo liberal en el que nació y el nuestro, que ve como la negación de aquél. Quizá al acentuar este contraste se le escape algo al autor. Recientemente se le ha acusado en Inglaterra de pesimista. En éste su cierto pesimismo entronca con el gran Voltaire, con el que se le ha comparado muchas veces. Pero la situación es distinta y por eso conviene aclarar el sentido del pesimismo de Russell. Se siente pesimista al mencionar los aspectos inhumanos de nuestra época, tanto que olvida mencionar otros signos positivos, a cuyo arraigo él tanto ha contribuido.

Desde luego si hubiese escrito este mismo libro antes de 1914, no tendría que haber empleado palabras como lavado de cerebro, verdad oficial, purga, etc., y no habría prodigado tanto muchas otras: policía, censura, exilados... Pero este pesimismo sólo tiene sentido a escala mundial, no en su país. Por eso quizá no mencione el filósofo inglés los dos hechos capitales positivos de nuestro tiempo: 1) la realización del liberalismo y de una buena parte del socialismo democrático en determinadas sociedades europeas, americanas y de la Commonwealth y 2) el que por primera vez en la historia humana ciertos países hayan conseguido el bienestar para todos sus miembros.

Quiere esto decir que la libertad de pensamiento, de religión, de expresión, las garantías jurídicas, la representación política, la tolerancia, etcétera, así como la desaparición del hambre, de las epidemias, de la inseguridad económica, son hechos normales en cierto tipo de países. Y su propagación, sobre todo en el campo económico (lo que se denomina "efecto imitación"), es el mayor elemento dinámico de nuestra época.

Russell no se ocupa de esos hechos en este libro. Pero sí de una de sus consecuencias más felices: el cambio de su situación como intelectual en su propio país. Nos confiesa que antes se había sentido solo durante casi toda su vida, al defender sus opiniones sobre la guerra de 1914, la familia, las relaciones sexuales, etc., pero que en los últimos veinte años ha habido acuerdo entre él y sus compatriotas en casi todos los puntos esenciales. En su país, desarrollado como Inglaterra, se han realizado los sueños más optimistas de un liberal del siglo XIX y muchos de los socialistas. En su país Russell ya no es un disconforme. En los países infra-desarrollados el intelectual sigue siendo un disconforme o un pseudo-intelectual. Pero en un plano internacional el intelectual sigue siendo un disconforme, incluso en los países desarrollados y a veces una víctima de los nuevos aprendices de inquisidores a escala mundial. Esto nos explica algunas de las actividades de Russell: su protesta contra las armas nucleares, su participación en el Congreso de la Paz, de Helsinki; su crítica del Maccarthysmo y de la policía americana, así como de la soviética, etcétera. Y es que las actitudes disconformes no son ya en los países desarrollados las revolucionarias, sino otras distintas: el neutralismo, el compañero de viaje, etc.

Nuestro tiempo tiene sus nuevos teólogos, doctrinarios y retóricos, que proclaman las virtudes de un determinado sistema a escala internacional. Frente a ellos el no conformismo de Russell tiene sentido. En el

“welfare state”, dentro de su propio país, no. ¿Qué sentido podría tener un Voltaire en un estado casi leibniziano de bienestar, como el alcanzado en Inglaterra o en los países nórdicos?

Pero aunque se haya hablado de él como un nuevo Voltaire, Russell se considera a sí mismo ante todo como un filósofo abstracto. Sólo podemos ocuparnos aquí de algunos puntos de su contribución, a los que él se refiere en su libro.

El primero es el *rigor* y la exactitud. Russell no estaría de acuerdo con Ortega cuando este último nos dice en su libro póstumo, sobre Leibnitz, que la filosofía es juego o entretenimiento, ocio. Es esta la opinión tradicional. Russell, al revés que Ortega, pertenece a un mundo más nuevo, en que, como ha puesto de relieve un economista americano, Galbraith (en su ya famosa obra “The Affluent Society”), ha desaparecido por primera vez en Occidente, desde hace siglos, la clase ociosa. Surge lo que Galbraith denomina “Nueva Clase”, cuya misión no es el ocio, ni la contemplación estética, sino el trabajo agradable, la ciencia, los puestos de responsabilidad al servicio del bienestar social. Ortega nos ha dicho que la física es el órgano de la felicidad y que su instauración es el hecho más importante de la historia humana. Pero para él sólo es un instrumento, ya que su idea de felicidad es “la idea de un mundo coincidente con el hombre”, en el que se anulan las resistencias. La felicidad queda entonces para el futuro, es “destino” histórico, utopía. La posibilidad de que la felicidad consista en una *adecuación con el mundo a través de las obras* (en el sentido del Profesor Tierno, en su “Realidad como resultado”, párrafo 61, segunda parte), de la física, no la considera Ortega. Nuestro gran filósofo sigue pensando en la clase ociosa tradicional con su filosofía estética. Russell intenta una filosofía científica. Ortega afirma que los ingleses se han mostrado ahora incapaces de hacer filosofía, sino a lo sumo “una serie de agudísimas objeciones a la filosofía”. Esto quizá no sea una visión justa del pensamiento inglés. Las objeciones de Russell se dirigen contra la metafísica. A la filosofía trata de salvarla aproximándola a la ciencia. Sólo así podría ocupar un lugar destacado en una nueva sociedad sin clase ociosa.

Sobre el *rigor* dice Russell: “He tratado de extender los métodos exactos y demostrativos de las matemáticas a regiones tradicionalmente abiertas a la especulación vaga. Me gusta la precisión. Las líneas claras. Odio las vaguedades místicas”.

Es indudable que él mismo no fué inmune a estas vaguedades en su juventud. Pero después contribuyó a esa progresiva liberación de ciertos lastres milenarios que ha experimentado nuestra cultura en los últimos tiempos. El, como la mayor parte de los europeos de su época, empezó su su vida “con una creencia más o menos religiosa en un mundo platónico”. Estas ideas sobrevivían en buena parte porque nadie había dado una explicación clara y satisfactoria de la naturaleza de las matemáticas y éstas, incluso para Russell en su juventud, “resplandecían en su belleza como las últimas estrofas del Paraíso del Dante”.

Tras muchos años de estudio llegó a la conclusión de que "*el mundo eterno es trivial*" y que las matemáticas son sólo el arte de decir una misma cosa con distintas palabras.

Russell nos dice que este fracaso personal hizo de su vida espiritual una batalla constante, pero que el mundo no ha perdido nada con ella. El pensador inglés ha tenido siempre una admirable capacidad para evitar las consecuencias totalizadoras de sus propios hallazgos. Hombre emotivo, es también moderno por haber sabido separar la emoción del conocimiento. La consecuencia estética, totalizadora (en el sentido del profesor Tierno), de su tesis de que las verdades matemáticas son tautologías, repeticiones, sería la de considerar como triviales todos o casi todos los sectores del pensamiento. Pero los pensamientos personales no son ciencia y cuando una determinada escuela, la "Escuela del Lenguaje Corriente", pretende generalizar excesivamente su descubrimiento, Russell reacciona.

Es natural que el descubrimiento de la autología provocara en ciertos profesionales de la filosofía poco vinculados a las ciencias naturales o sociales (sobre todo en Oxford, Universidad de tradición literaria) y estetizantes, la idea de *toda* la filosofía como trivialidad. Russell se había limitado a decir que *muchos* problemas filosóficos quedaban reducidos a trivialidades después de un análisis lógico, pero *no todos*. Es indudable que Wittgenstein, cuyas aficiones estéticas y artísticas aparecen cada día más claras, influyó en la Escuela. Pero incluso esta línea del último Wittgenstein fué exagerada por la "Escuela del Lenguaje Ordinario", por ejemplo por Wisdom. Y es que a pesar de su esteticismo (implícito) Wittgenstein vió, al igual de Russell, que un problema de la filosofía seguía siendo el de los límites del empirismo. Con ello vuelven a entrar en la filosofía moderna ciertos aires kantianos, como puso de relieve nada menos que Ayer, al comentar los "Fundamentos de la Matemática", de Wittgenstein (en el número 8 de marzo de 1957, de la revista "Spectator").

Pero quizá convenga ir algo más despacio para aclarar la postura de Russell frente a las tendencias filosóficas modernas: el Postivismo Lógico y la Escuela del Lenguaje Ordinario.

Russell está de acuerdo con el método del Positivismo Lógico. Es más, nos dice que: "Positivismo Lógico es el nombre de un método, no de cierto tipo de resultados. Un filósofo es un positivista lógico si sostiene que no hay un método especial de conocimiento privativo de la filosofía, sino que las cuestiones de hecho sólo pueden decidirse por los métodos empíricos de la ciencia, mientras que las cuestiones que pueden decidirse sin acudir a la experiencia son matemáticas o lingüísticas. Muchos miembros de la escuela describirían su postura brevemente como una determinación de rechazar la "metafísica", pero "metafísica" es un término tan vago que no tiene significado preciso".

Hasta aquí Russell está de acuerdo con los positivistas, pero dos discrepancias surgen más adelante: En primer lugar Russell demuestra en su artículo "Logical Positivism" (publicado en su libro "Logic and Knowledge") que la indiferencia científica supone postulados de los cuales

no hay evidencia empírica: "Esta es una conclusión extraña para un empirista, pero me parece inevitable".

En segundo lugar demuestra que el significado (meaning) de una proposición no puede ser el método de su verificación. La verificación sería en este sentido un acto personal y el significado del lenguaje viene dado por la sociedad.

El positivismo lógico necesitaba dos correcciones: 1) una teoría del significado; 2) el reconocimiento de los límites del empirismo.

La Escuela del Lenguaje Corriente es en parte un intento de corregir estas deficiencias. El último Wittgenstein y Ryle desarrollaron una concepción "funcional" (es el propio Ryle quien emplea la palabra) del significado que se sintetiza en la equívoca frase de Wittgenstein "Don't ask for the meaning, ask for the use", que debería traducirse por "No busquéis la intención, sino el uso", en vez de "No busquéis el significado", como se ha venido haciendo. "La conducta corriente de la gente es el sistema de referencias, por medio del cual interpretamos un idioma desconocido", nos dice Wittgenstein (*Investigaciones Filosóficas*, 82, e.). Esta posición debería haber llevado a Wittgenstein a la Sociología. Pero su reacción contra los "sistemas" filosóficos, entre los que incluía su propio *Tractatus*, le llevó a negar todo intento de formulación ordenada de ciertas ideas filosóficas. Para ello tenía que apartar a la filosofía de la ciencia, pues ésta última supone siempre una cierta ordenación y unos principios generales, y situarla en el plano del lenguaje corriente y del sentido común. Russell nos dice, sobre la Escuela del Lenguaje Corriente: "La doctrina, tal como la entiende, consiste en sostener que el lenguaje de la vida diaria, con las palabras empleadas, con sus significados ordinarios, bastan para la filosofía, que no necesita expresiones técnicas o cambios en el significado de las palabras corrientes. No puedo aceptar esta tesis". Russell encuentra que no es sincera, que es un pretexto para la ignorancia, que glorifica al hombre de la calle en virtud de una pseudodemocracia en la que las únicas personalidades vistas con agrado por el poder son los jugadores de fútbol o los artistas de cine, trivializa la filosofía y la reduce a sentido común.

El profesor Tierno ha expuesto en una introducción a la Sociología, que prepara cuál es la función del sentido común, distinta de las ideas y las creencias. La distinción de Ortega entre ideas y creencias resulta ya insuficiente.

Quizá el problema consista en que en determinados momentos históricos la filosofía se trivializa porque casi todas sus afirmaciones pasan a ser de sentido común. Muchas verdades filosóficas, que cuando Russell empezó su obra constituían verdaderos descubrimientos —el carácter reiterativo de la lógica y la matemática, el que muchos problemas filosóficos sean el resultado de la confusión en el empleo del lenguaje, que la "metafísica" es imprecisa e inútil, que el argumento ontológico y otras pruebas de la existencia de la divinidad no son válidas— o verdades co-

nocidas sólo por algunos profesores (tal es el caso del argumento ontológico), son hoy el patrimonio de todas las personas cultas de los países desarrollados y casi de sentido común. La situación actual parece ser la de una trivialización por haber llegado al campo del sentido común la mayoría de las verdades filosóficas conseguidas en el período anterior. La Escuela del Lenguaje Corriente consolida los logros de Russell, pero el inquieto filósofo inglés no queda satisfecho porque cree que todavía hay mucho por hacer. Y con ello pasamos a la otra corrección necesaria del positivismo lógico.

Se trata de las hipótesis o postulados que la ciencia utiliza. Aunque el último Wittgenstein vió el problema y se refirió a la formación de conceptos, a la construcción de "language-games" tuvo pocos discípulos capaces de ver la fecundidad de esta línea. Quizá porque todavía les preocupaba más la labor crítica de viejos conceptos inútiles. Así el ataque de Ryle a la utilidad de la distinción cartesiana alma-cuerpo. Pero el propio Ryle se interesa por las "categorías" y sobre todo Waismann, el más claro, fecundo y científico de los discípulos de Wittgenstein. Su "Introduction to Mathematical Thinking" y sus dos famosos artículos, "Language Strata" y "What is Philosophy?", merecen mucha más atención de la que se les ha prestado en España y sobre todo que se los traduzca. Pero la mayoría de los wittgenstenianos están más preocupados con su función de policía de las costumbres —y de someter a "tratamiento" a algunos seres extraños que todavía se empeñan en hablar de metafísica o del ente o el Bien— que de seguir adelante. Quieren consolidar la liberación de los prejuicios haciendo que ésta sea patrimonio del hombre de la calle.

Un ejemplo de esto que decimos lo podemos tomar del propio Russell. Nos referimos a la distinción espíritu-materia. Hace ya muchos años que Russell empezó a dudar de la utilidad de esta distinción fundándose en razones científicas, en la física y en la psicología. La Escuela de Lenguaje Corriente recoge estas dudas e intenta llevarlas al plano del lenguaje ordinario. Tarea difícil que se presta a muchas confusiones. Y sin embargo es posible que pase a ser de sentido común el desprestigio de esta distinción. Pero aquí puede haber un peligro de totalización. En ciertos países el desprestigio de esta distinción será un beneficio. Nos referimos a países donde se da una valoración estética a la intimidad, a la "intuición", a la "conciencia", en los que la vida privada es valorada excesivamente simplemente porque no cabe otra, debido a la presión de los poderes públicos. La "intimidad" es entonces la evasión de ciertos intelectuales de buena fe. Pero la Escuela del Lenguaje Corriente podría contribuir a crear otro tipo de conformismo, más propio de los países desarrollados o en vías de desarrollo intensivo, como los comunistas. Se trata, como dice Russell, de un "horror morboso de la introspección, que se apodera de los que temen que una vida privada, del tipo que sea, les exponga a la atención de la policía". En este sentido es útil recordar la distinción del profesor Tierno, entre intimidad e interioridad. La interioridad, el

que haya experiencias personales, es algo que no puede negarse. Su salto al plano estético o metafísico es lo que no está justificado, por lo menos en nuestra situación.

Russell, como lógico, se ha limitado a llamar la atención sobre los límites del empirismo. Esto no quiere decir que no siga pensando que "lo que sabemos del mundo, aparte de los pensamientos y sentimientos de los seres vivos sólo lo conocemos por la ciencia física". La filosofía tiene que seguir el camino seguro de la ciencia si no quiere convertirse en divagación.

JOSE LUIS FERNANDEZ DE CASTILLEJO